

REFLEXIONES SOBRE LAS FORMAS DE COMPRENDER LA SOCIABILIDAD Y SU IMPACTO EN LAS CIENCIAS SOCIALES. APUNTES PARA LOS EDUCADORES ACTUALES

Eduardo Suárez*
—ARGENTINA—

En Argentina y América Latina se ha profundizado la discusión acerca de las nuevas confrontaciones y segmentaciones sociales y las posibilidades resolutivas de los estados o de las personas u organizaciones vinculadas a la administración de lo social. El debate se concentra sobre las características y habilidades que deben poseer los involucrados en este segmento, así como la tecnología de gestión que le puedan asegurar competencias, actitudes y valores capaces de promover cambios en la resolución de los conflictos.

Uno de los problemas centrales que debemos dar cuenta es la característica que asume en la actualidad, las nuevas y complejas formas asociativas que se generan y las formas de intervenir para la resolución de los problemas sociales que provocan. Transformaciones de los mercados laborales, manejo del tiempo libre, nuevos espacios y formas de producción, cambios tecnológicos, diferentes organizaciones familiares, la prolongación de la vida activa, etc., solo por nombrar algunos de las modificaciones que aparecen generando cada vez mayores niveles de incertidumbre. Las problemáticas que producen estas nuevas formas se aumentan ante las escasas formas de respuesta, como la de carecer de conocimientos adecuados y antecedentes que nos permitan avizorar respuestas tentativas. Por consiguiente la elaboración de una reflexión sobre el problema debe reflejar una caracterización de la situación y algunos indicios de la dirección hacia donde estas nuevas demandas sociales deben orien-

* Licenciado en Sociología y Master en Dirección de Empresas. Profesor de Metodología de la Investigación en varias universidades. Consultor en temas metodológicos en el área de Salud y Ciencias Sociales. Decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad del Salvador (Argentina).

tarse para la amortiguación del impacto que este nuevo orden social parecen mostrar.

Esta mirada, permitirá replantear las formas de gestión vigentes, con diferentes logros y beneficios, con el objeto de reducir los costos personales, políticos, económicos, culturales y sociales que la sociedad paga por la baja incidencia de ese marco conceptual valorativo.

En ese marco y bajo la convicción que toda capacitación, más allá de su aspecto estrictamente técnico y formativo, debe proveer de un cambio cultural en el medio donde se esta desarrollando, sus acciones deben:

Promover un cambio interno en las personas involucradas, estimular la transparencia y eficacia en las intervenciones sociales, incorporar la idea de monitoreo y evaluación en los involucrados y generar procesos en red a fin de potencializar el sentido solidario de las poblaciones beneficiarias y de la comunidad en su conjunto.

En esa dirección se potencia el fomentar el desarrollo de un sentimiento de identidad y pertenencia en el sentido de la vida, reafirmar que no hay proceso social sin respetar y recuperar las identidades y potencialidad de la gente involucrada y consolidar los liderazgos para el fortalecimiento de las organizaciones. Estamos hablando de reconstruir el capital social.

Pierre Bourdieu, sostiene que el capital social es el agregado de los recursos reales o potenciales que se vinculan con la posesión de una red duradera de relaciones más o menos institucionalizadas de conocimiento o reconocimiento mutuo (Bourdieu, 1985, p. 248).

De esa definición, queremos destacar la observación que se hace con respecto a la red duradera de relaciones que, sin duda, constituye el punto central de la definición de Bourdieu. Con red duradera de relaciones el autor se refiere a las redes sociales que se tejen entre los individuos de una comunidad, cuando estos interactúan al formar parte, por ejemplo, de una cooperativa, de una asociación de vecinos o del fortalecimientos de emprendimientos familiares.

Consideraciones sobre la sociedad contemporánea.

La sociedad argentina irrumpe en el siglo XXI con la sensación de presenciar la consolidación de procesos irreversibles, la definitiva trans-

formación de la sociedad local y la incorporación de la mundialización, por algunos llamada globalización, a la vida cotidiana.

Se transforma una cultura acostumbrada a que los procesos decisivos se desarrollaban fuera de sus fronteras. Solo la vida cotidiana era su referencia acerca de la existencia. La familia, los hijos, el barrio, el trabajo, etc. Padres a hijos transmitían sus experiencias y sueños que eran asimilados, a pesar de las diferencias, por esas nuevas generaciones. Los hijos eran cuidados por los padres y luego repetirían esas acciones con sus mayores. Sus actividades conducían a un abanico de opciones posibles restringidas. Rara vez los resultados diferían de lo previsto. Nos encontrábamos en una sociedad donde se privilegia la confianza y la seguridad.

Sin embargo, casi inadvertidamente ese orden social comenzó a sacudirse, hoy un cambio, mañana otro, días después una nueva modificación. Las comunicaciones, la salud, los métodos de enseñanza y aprendizaje, la actividad laboral, las formas de producción y comercialización de los productos, etc., de una forma u otra todo se dinamiza. En esa dinámica se consolidan las democracias, el poder asume connotaciones específicas y se producen nuevas formas de fragmentación de la sociedad. Formas diferentes a las que con anterioridad se tomaban como válidas.

El siglo XX había dividido el mundo, tal vez marcado por la tensión entre capitalismo y comunismo, entre los que tienen y los que no. Varias generaciones gastaron sus sueños en la esperanza de un mundo mejor. Darle a sus hijos la posibilidad de superar el nivel que ellos habían logrado. Se posicionaba a la gente, según su posición en la vida, en diferentes estratos sociales. La educación y la cultura eran uno de los principales agentes de movilidad en la sociedad. En cada hogar se priorizaba su desarrollo. A pesar del desconocimiento que, con esa visión, se estaba construyendo capital humano. Inversión, que luego se demostrará, generará una de las tasas de más alta rentabilidad social.

Dos elementos centrales de la vida cotidiana comienzan a transformarse, el tiempo y el espacio. La vida se organizaba alrededor del espacio, la casa, el trabajo, el barrio o el pueblo donde se vive. La gente pertenece a un lugar. El tiempo era solo el transcurrir de la vida entre el nacimiento y la muerte. La distancia entre padres e hijos era esencialmente una distancia física, territorial o biológica. Hoy, el problema es convivir en tiempos diferentes. Tiempos mentales que generan fragmentaciones diferentes. Los niños, los jóvenes, los adultos, los viejos, las

mujeres, las nuevas organizaciones familiares, los desocupados, etc. Cada una de esas categorías, entre otras posibles, agrupan y dividen a la sociedad. Cada sector compite por su lugar independientemente de los demás. La desconfianza y la inseguridad se instalan en la vida cotidiana.

Se comienzan a derrumbar los grandes mitos, de hombres y de mujeres ante la creciente inmersión en la intimidad de las personas. La comunicación se generaliza, las noticias hacen de la vida un dominio público. Cada uno ya no piensa en sus sueños como algo único, se da cuenta que es parte de un modelo colectivo general con capacidad de modificar comportamientos y elegir estilos de vida. Comienza a dominar la creencia de formar parte de un proyecto fuera de las fronteras. Al mismo tiempo se percibe en el hacer de todos los días la idea de un protagonismo creciente. Es el retorno de la presencia del hombre común. La política y sus protagonistas son criticados por su escasa capacidad de respuesta, entre otras críticas, a los problemas de ese hombre común. El ciudadano.

Para el actor político, esta transformación también lo sorprende. Ante sus ojos, esa descripción de los mundos que conviven paralelamente entre nosotros lo remite a la idea de un desprendimiento de los modelos y prácticas establecidas. Sus formas aparecen anticuadas, poco transparentes, sin atinar a insertarse en un proyecto global.

Al intentar cambiar los actores de la vida política de nuestra sociedad, a quienes se lo tenían como seres extraordinarios con potencialidades especiales, se los iguala al desmitificado hombre común que solo logra, con su participación periódica en los actos electorales, modificar y corregir el rumbo de las tendencias de la sociedad. Se produce una fragilidad en los discursos explicativos de los actos sociales, políticos y económicos porque el actor político carece de credibilidad.

El discurso político ya no organiza el sentido de los actos de los hombres. Se ha roto la amalgama que unía las categorías de la sociedad. Las identidades. Se consolida la nueva fragmentación, los nichos del mercado, que se creen ocupar a partir de las satisfacciones segmentadas a cada uno de sus componentes. Comienza a sentirse en las nuevas realidades, (Cine, teatro, en la prensa oral y escrita, en las familias, en el trabajo, etc.) que domina un efecto collage. Todo puede combinarse con la misma probabilidad. Todo comienza a ser posible.

Esta desaparición de las identidades generales, como la pertenencia a una historia, una lengua, a ideales o pasados comunes, entre otras iden-

tidades, obligan al discurso político a convertirse en enunciados prácticos para la resolución de problemas. Un objetivo imposible de cumplir.

Como reconstruir una nueva opción de sociabilidad.

Parece acercarse un tiempo de reflexión para recuperar un discurso que de cuenta del sentido. La política debe recuperar el protagonismo de reflejar en las generaciones la opción de un destino común. El nuevo acuerdo es el reencuentro entre las generaciones, posiciones que irremediablemente en la vida vamos a cumplir. Hijos, hermanos, padres, abuelos, tíos, etc. por un lado y por otro, aprendices y expertos, ocupados y desocupados, activos y jubilados. La vida es un permanente tránsito entre distintas posiciones. De lo que se trata es reducir el riesgo del traspaso entre cada una de ellas.

El nuevo acuerdo de sustentabilidad social debe posibilitar el pasaje entre esas posiciones, no solo con una política que abarque el tránsito en cada sector social, sino reduciendo los márgenes de riesgo y de angustia que generan en cada persona el pasaje. Es la estrategia social del nuevo siglo. Es la responsabilidad del Estado en cuanto trabajo y seguridad social. Es el tiempo de los nuevos desafíos.

El aumento de la seguridad social es la contracara del riesgo. Las nociones de confianza y disminución del riesgo son fundamentales en una época donde prima la incertidumbre y la multiplicidad de opciones. La incorporación del factor riesgo en la sociedad actual es de un valor tal, que segrega a un segundo plano conceptos como solidaridad y sentido de pertenencia. De ahí la importancia de una nueva forma de sociabilidad que recupere en su discurso constitutivo valores de intergeneracionales centrándose en la disminución del riesgo social.

La necesidad de articular un plan de trabajo, no desde una perspectiva asistencialista, sino desde la concepción de un Estado sólido y eficiente que puede responder a las necesidades que demandan las transiciones a las que está sometido los ciudadanos de nuestro país. No debe ser solo una política que tienda a mejorar la imagen institucional y la percepción de la opinión pública. O mejorar la eficiencia de los organismos de fiscalización. Se trata de reconstruir una gestión que, desde la política, facilite un discurso de recuperación del sentido de pertenencia a una sociedad. Pertenecer a algún lugar es aumentar la percepción de seguridad.

Los desafíos de la hora actual

Estamos encontrándonos con una sociedad muy particular. Una sociedad que en la medida que genera cada vez mayores conocimientos, aumenta en proporciones similares su grado de confusión.

Sin embargo, la confusión no debería ser, aunque a veces si lo es, sinónimo de descreimiento ni claudicación. Debe transformarse como la manifestación visible de su futuro potencial.

En esa reserva, que la denominaría memoria histórica, se encuentra la base para enfrentar lo que creo son los principales desafíos de la actualidad.

El primer desafío consiste en generar una concepción integral de lo social.

Una reflexión acerca de que entendemos por lo social. Lo social es integral tanto en su concepción como en su organización.

Debe combinar, lo espiritual, lo ético y lo material. Tal vez la situación actual que considera que la realidad es solo nuestra autopercepción, comete el error de no registrar sobre que estándares se mide. Si el parámetro es el consumo nuestra medida será lo material. Si el parámetro es el descreimiento en instituciones, en la familia, en nuestra educación, nuestra medida será la desconfianza. Si todo es posible aparece la ausencia de sentido.

El segundo desafío consiste en la recuperación del trabajo como articulador de sentido.

La gran pregunta es ¿Desde donde recuperar el sentido? Una sociedad, más allá de sus diferencias, su búsqueda de sentido debe hacerlo desde un pilar central: el trabajo, pero un trabajo calificado desde una visión especial, un trabajo digno.

Pero el punto de partida es que la única certeza en lo social es que los problemas van a ser cada vez más grandes y más complejos. Por lo tanto para atenderlos debemos avanzar desde una ética de la responsabilidad. Exigir y exigirnos.

Pero para esto no debemos maltratar los límites. Por exceso conduciendo con arbitrariedad y por defecto, siendo permisivos, cómplices de nuestras propias debilidades. No olvidemos nunca que lo social es el

espacio de sentido de la gente. Y su forma real es el trabajo. Desde el trabajo, la sociedad se permite generar y recuperar los vínculos sociales.

Que nos propone el trabajo, sino recuperar el sentido de pertenencia. Y pertenencia es identidad.

El tercer desafío es recuperar la propia identidad.

¿Desde donde se recupera? Dos ejes centrales que parecen haberse diluido en este comienzo de siglo y que es necesario recuperar en la sociedad del bicentenario. La Unidad en el tiempo y en el espacio. En el tiempo es una de las mayores expresiones de la solidaridad. Ser continuadores de una tarea y ser capaz de dejar que otros la continúen.

Y la unidad en el espacio, somos parte de un proyecto de sociedad. Somos parte de un cuerpo mayor que nuestras propias ambiciones, somos parte de una comunidad local y nacional desde donde se proyecta nuestra identidad y con ella debemos comprender la globalización. Esa es la verdadera expresión de la solidaridad. No es ser solidarios por el asistencialismo o la negociación sino la solidaridad en la vida cotidiana.

Hoy donde la expresión de lo cuantitativo es la medida de todas las cosas, sin comprender que el factor diferencial, el desafío del próximo milenio es la calidad de la persona, su diferencia cualitativa.

El cuarto desafío es comprender que la calidad en lo humano es solidaridad, compromiso y continuidad.

Esto nos vincula al último de los grandes desafíos que debemos enfrentar: la acción política. Hoy parece que su práctica, en grandes sectores de nuestra sociedad es dudosa, desprestigiada, sectaria, escondiendo a través de esa fragmentación de la realidad el descomunal negocio de la indiferencia. Todo tiene el mismo valor.

Esa indiferencia que genera el vacío existencial y la pérdida de la búsqueda de sentido. La ausencia de la política definida como la integración de las discontinuidades de la vida social. Poder definir un orden de las prioridades y poder retomar su capacidad de resolver las tensiones en forma armónica.

Otro de los riesgos de la fragmentación es la autonomía de la palabra sobre la realidad. Tal vez los medios comunicación, pueden enseñarnos mucho de ello.

Por último, entrecomillemos el valor de la estadística. De lo que se trata no es contar cuantos están por debajo de la línea de pobreza, situación que termina por ser un pasatiempo intelectual, sino debatir y generar respuestas acerca de cómo se debe distribuir la riqueza en un contexto nacional e internacional como el actual

Conclusiones

Parte de las respuestas a estos desafíos los hemos encontrado en el pensamiento de Amartya Sen. Nos concentraremos en el trabajo como gran articulador de identidad y solidaridad. Su manifestación actual el desempleo.

“El desempleo es el mayor enemigo del Estado de bienestar por dos razones muy distintas. La primera, ...es que el seguro de desempleo, o las formas que este puede asumir supone una carga enorme para el Estado cuando hay un alto nivel de desempleo”. Sin duda, “es una razón evidente, pero a veces olvidamos la enorme proporción del gasto del bienestar que se utiliza para este fin. Naturalmente, conlleva la pregunta: ¿Por qué no podemos cambiar el sistema, de tal forma que el dinero que destinamos al seguro de desempleo podría subsidiar el empleo?” El interrogante que nos acecha es, si es posible este razonamiento a partir de la descripción de los desafíos que hemos planteado para la sociedad contemporánea.

La segunda razón, es que conocemos que la ausencia de trabajo trae aparejada una serie de factores negativos de orden psicológico, social, familiar, reconocimiento institucional, etc. que atentan con la sociabilidad que venimos sosteniendo.

Parte de la respuesta esta en la reflexión del Premio Nobel, “Creo que lo que realmente necesitamos hoy en día es precisamente hacernos estas preguntas. ¿El Estado de bienestar es un Estado racional?. ¿Por qué es necesario?. Preguntas excelentes que también tienen una respuesta: es necesario para la responsabilidad social hacia los enfermos y los pobres. Y, ¿qué forma ha de tener?; ¿una forma caótica, por ejemplo, como es el caso italiano?. La respuesta para mí es no, hay que racionalizarlo, ¿qué prioridades tendremos?, pues la prioridad debe ser la responsabilidad social y también no hay que desanimar a las personas a autoayudarse en el proceso, la cultura de la autoayuda tiene una influencia muy positiva y la creación del empleo también juega un papel importante en ello”.

También otra pregunta sobre ¿qué amplitud debería tener el debate acerca del capital social y su vínculos con el trabajo?.

Sen nos interroga acerca de los desafíos a los que nos habíamos referido, “Dentro del Estado de bienestar, ¿cuáles son las cosas más importantes y cuáles son menos importantes?, ¿cómo podemos combinar esto y a la vez incentivar a las personas para que se ayuden a si mismas además de ayudar a otros, es decir, como desarrollar la responsabilidad social?”

Finalizando, encontramos con una de las preguntas centrales con que nos obliga a nuevas reflexiones, ¿Cómo combinar los méritos de la cultura tecnológica y de alta competitividad, con la necesidad de recuperar el Estado de bienestar y con la responsabilidad social y su correlación con el crecimiento del Capital Social?